

La Nación

Lunes 2 de junio de 2008

Nuestra opinión: muy buena

Verónica Pagés

Definitivamente, un encanto. Con un tono quieto, sereno, desbordante de poesía y, a la vez, sumamente divertido, la Compañía Sobran los Medios logra plasmar en el escenario una historia que termina siendo de amistad y de amor entre dos seres solos que descubren que nada podrá ir mal si están juntos, si pueden comunicarse.

Son artistas; uno suena; la otra canta, y se encuentran por casualidad en medio de un páramo en el que esperan la llegada de sus espectadores para comenzar sus respectivas funciones. Así es como en ese encuentro, a medida que se miden, que compiten con cierta inocencia, van dejando al descubierto sus mundos internos y sonoros que son un dechado de preciosos detalles que hablan del amor a lo que hacen (los personajes por su música, los actores que los interpretan por el teatro).

Da la sensación de que Nicolás Villamil tiene a Sforzato impregnado en la piel; casi es imposible imaginar que este actor camine, mire o viva de otra forma de la que hace su flaco, largo y desgarbado músico andante. Con soltura y comodidad -que deja claros lugares a la timidez, pero también a la arrogancia-, Sforzato hace música con su pequeño carromato, que, a modo de caja de Pandora, hace aparecer los sonidos más diversos. Ella, Fusa, canta y es toda expresión. También viene con carrito: un pequeño tren que esconde cajas y cajitas que usa a modo de banquito, pero también de amplificador.

Casi sin palabras, con el texto puesto en los cuerpos, en la música, en sus estrambóticos equipajes, la trama va llevando al espectador real (ese que se sentó en la platea) por diversos recovecos plagados de matices, de pequeños descubrimientos y de juegos en los que el absurdo provoca a veces ternura, a veces risa.

Andantes rodantes tienen infinidad de hallazgos y tiene una calidad de realización que asombra y provoca felicidad.